

1. Dos muertes extrañas.

Fue en mayo cuando Karl Maercklein se anudó un peso de acero en los tobillos y saltó desde el puente, a tres millas al sur de nuestro pueblo, para ahogarse en las rápidas y frías aguas del Little Stony, y todavía era el mes de mayo cuando enterraron a Jorma Nurmi en la parcela de la familia, a unos escasos metros de la cerca blanca que separa la sección holandesa de nuestro cementerio de las otras denominaciones protestantes. La gente susurraba que Karl se había quitado la vida debido al juramento del viejo Sven Nurmi de que nunca una hija suya se casaría con un holandés de Pensilvania. Decían también que Jorma había muerto de un infarto, y en su momento estuve de acuerdo con ellos:

No asistí al funeral de Jorma. Ningún holandés lo hizo, porque todos conocíamos bien el odio de Sven hacia nosotros, un odio cuya génesis él mismo había olvidado. Pero pasé por la casa por la mañana, razonablemente seguro de que Sven se retiraría durante esas horas. Los amigos holandeses de Jorma podrían presentarle sus últimos respetos a su pobre cuerpo inmóvil. Y así fue: Sven no estaba.

Chris Petersen me recibió en la puerta y me hizo pasar con esa untuosidad sigilosa que los empresarios de pompas fúnebres parecen capaces de ponerse y quitarse a voluntad.

—Por el amor de Dios, Chris —recuerdo haberle susurrado mientras salía al pasillo—, no seas tan mojigato. Sven no me quiere. Ya me siento lo suficientemente nervioso.

Entonces me miró. Y en ese instante me recorrió un extraño escalofrío de desconcierto. porque el horror absoluto estaba en sus ojos.

—¿Qué pasa, Chris?

—Nada —murmuró—. Nada.

Ya estábamos en la puerta de la sala. De repente, su mano enguantada se soltó de mi brazo.

—Ella está ahí.

Avancé hacia el ataúd con un ramo de flores.

Incluso muerta, Jorma Nurmi era hermosa. No la había visto desde el funeral de Karl Maercklein, y entonces su rostro estaba demacrado y pálido, pero ahora su belleza juvenil era impresionante. Yacía como si estuviera ligeramente dormida, sus esbeltas manos cruzadas sobre sus pechos, su cabello finamente hilado como oro reluciente sobre la almohada de raso.

La miré durante un largo momento mientras mi mente se agolpaba con recuerdos: ella corriendo a la escuela, en las fiestas, saludándome con la mano, pasando por mi casa en el viejo y decrepito sedán de Karl Maercklein. Entonces, con un nudo en la garganta y una penumbra ante mis ojos, entré en el comedor y hablé brevemente. Mis palabras exactas se han escapado de mi memoria. Me entristeció demasiado la doble tragedia.

Había olvidado el horror que había visto acechando en los ojos de Chris Petersen. Pero cuando salí de la casa me detuvo. Estábamos solos en el porche, él de pie junto a la barandilla, yo deteniéndome en el último escalón.

—Por el amor de Dios, Chris —dije—, dime qué pasa. No te pareces a ti mismo.

Se humedeció los labios y asintió.

—Son ellos —murmuró, casi con vergüenza. Su cabeza se sacudió hacia las ventanas de la sala de estar—. Karl Maercklein, en su tumba estas dos semanas, y Jorma, siguiéndolo tan pronto.

Volví a mirarlo a los ojos y contuve el impulso de sonreír; porque me había dado cuenta de que lo que sea que había puesto el miedo en el alma de este impasible empresario de pompas fúnebres era algo que no se podía despreciar.

—No entiendo, Chris —dije con seriedad—. Estás hablando en acertijos.

Sus dedos enguantados se estiraron y tocaron mi brazo. Podía sentir la tensión y el temblor en ellos.

—Hay algo extraño en la muerte de Jorma. He estado hablando con el doctor Strom.

Escuché atentamente. El doctor Strom es un médico joven y capaz.

—Kurt, viejo amigo, existe una antigua creencia entre nuestros pueblos del norte de que el alma de un suicida no puede descansar hasta que el mal que causó que el desafortunado se quitara la vida sea exorcizado, una creencia de que el alma

atormentada del suicida debe permanecer cerca de su ultrajado cuerpo, arrastrando a sus seres queridos a una muerte que no es la muerte, sino una impía suspensión.

Lo miré fijamente.

—Eres un viejo tonto —dije después de un momento.

Me miró fijamente, con las mandíbulas tensas.

—¿Sí? —dijo en voz baja—. Kurt, no es normal que una niña muera con el corazón roto. Dudo que alguien, en cualquier lugar, haya muerto realmente de angustia, y no digo esto simplemente para ser cínico. La angustia, por supuesto, puede hacer que una persona se descuide tanto que la muerte sobrevenga por causas secundarias. Pero Jorma Nurmi no murió de hambre, ni de sed, ni de infección. Simplemente murió, en dos semanas.

—¡Oh! —dije sin rodeos—. He escuchado suficiente. Tengo que irme.

Puso su mano en mi brazo.

—Escucha, Kurt. El cuerpo de Karl Maercklein estuvo en el fondo del Little Stony durante una noche y medio día antes de que lo encontraran. Sin embargo, en esa noche suicida, cuando nadie en la tierra podía saber que ya estaba muerto, Jorma Nurmi soñó que él acudía a ella. Ese sueño fue tan extraordinariamente vívido que por la mañana lo contó a su madre: Kurt, ¿cómo diablos Jorma Nurmi supo que Karl Maercklein se había suicidado horas antes de que encontraran su cuerpo?

A pesar de mí mismo estaba impresionado por su convicción. Inquieto, me encogí de hombros.

—Telepatía, tal vez —sugerí—. En el último momento antes de la extinción, la mente de un hombre puede realizar cosas increíbles. Sabemos que las visiones telepáticas son fenómenos reconocidos.

Sacudió la cabeza.

—Los sueños de Jorma Nurmi sobre su amante se repetían una y otra vez, noche tras noche. Kurt, he hablado con su familia y con el doctor Strom. las pupilas de sus ojos ya no reaccionaban a la luz; sus reflejos motores habían desaparecido. Sin embargo, Strom la estaba llenando de estimulantes. ¡Kurt, ella era como una máquina abandonada voluntariamente por su conductor!

—Oh, tonterías —dije con impaciencia—. Estás imaginando cosas.

Me miró fijamente y no había más expresión en sus ojos azules que en los de una muñeca de porcelana. Se rió, entonces, con dureza.

—Si vienes al cementerio conmigo esta noche, Kurt —dijo—, te mostraré pruebas.

Entonces, bruscamente, hizo una pausa, porque dos dolientes, un marido y una mujer de mediana edad, subían lentamente por el camino. Instantáneamente, como un actor que asume el papel que interpreta, se enderezó, se convirtió de nuevo en funerario. Solo quedaba el horror en sus ojos.

—Muy bien, Chris. Iré contigo.

Me di la vuelta lentamente, inclinándome ante el marido y la mujer cuando los pasé en el camino bañado por el sol.

2. La tumba de Karl Maercklein.

—¡Chris, creo que estamos actuando como un par de viejos tontos!

Nuestros músculos protestaban contra el aire frío de la noche. Me paré en el estrecho camino de grava que atraviesa la sección holandesa del cementerio. Estaba abismalmente oscuro, porque no había luna. A nuestro alrededor sentimos, más que vimos, las lápidas de esbeltas astas y los montículos cubiertos de hierba debajo de los cuales dormían los muertos. Luego, el rayo amarillo de la linterna de Chris partió la penumbra, reveló una pequeña lápida nueva y una tumba que aún mostraba el tosco patrón rectangular en el que las losas de tierra vegetal habían sido cuidadosamente removidas y reemplazadas. La tumba de Karl Maercklein.

Casi con resentimiento bajé la vista hacia la tumba nueva. Media docena de marcos de alambre llenos de musgo y los jirones marchitos de flores muertas aún cubrían el montículo, y vi que alguien había colocado una pequeña cornucopia de zinnias, ásteres y dedaleras. Se me ocurrió la desagradable idea de que dentro de una veintena de años, como máximo, yo también me convertiría en un habitante permanente de este cementerio.

Chris había dirigido la linterna hacia la tumba y estaba registrando, con una lentitud cuidadosa y esmerada, cada centímetro del césped. Por fin se arrodilló y comenzó a partir la hierba marchita con la mano izquierda.

—¡Kurt!

Agachándome, escudriñé atentamente el círculo de césped, ubicado aproximadamente en la mitad del montículo, sobre el cual había enfocado la luz. Pero no pude ver nada digno de interés, sólo una joroba de hierba marchita y los restos secos de las flores

funerarias. Sin embargo, vi dos pequeños agujeros, muy juntos, apenas visibles entre las briznas de hierba, agujeros que parecían haber sido hechos por los gordos gusanos nocturnos que los niños usan como cebo.

Chris había puesto su mano izquierda en mi brazo.

—¿Ves ahí, Kurt? —exclamó con voz ronca—. ¿Esos pequeños agujeros? Los noté hace días.

Me enderecé rígidamente.

—Eres un idiota —dije con impaciencia—. Esos agujeros fueron hechos por gusanos o lombrices de tierra, y lo sabes. Ven, está haciendo frío.

Apagó la linterna, y la súbita irrupción de oscuridad me afectó mucho más desagradablemente que todas sus vagas y salvajes alusiones. En la penumbra lo escuché respirar pesadamente. Luego, después de un momento, cuando nos alejamos lentamente de la tumba, sus palabras me llegaron.

—Kurt, puedo sentirlo: antes de que pasen muchos días desearás con todo tu corazón haberme ayudado a limpiar la tumba de Karl Maercklein.

3. Las alas de la muerte.

Durante los días siguientes encontré difícil borrar de mi mente el recuerdo de las insinuaciones de Chris. Parecía tan convencido y, al mismo tiempo, tan cuerdo, que me descubrí preguntándome si no estaría dentro del ámbito de la posibilidad que ocurran fenómenos como el que él insinuó, fenómenos de una naturaleza mitad oculta, mitad física. Inquieto, recordé las leyendas, algunas de las cuales incluso fueron afirmadas por la iglesia medieval, leyendas que negaban el cielo, el infierno e incluso el limbo, ese reino sombrío que muchos estudiantes de ocultismo creen que realmente existe, al alma de un suicida. Y, sin embargo, confieso que pensaba en estas cosas con indulgencia y, a medida que pasaban los días, con mayor y mayor infrecuencia.

Y entonces, temprano en la noche, Wilfrid Andersen me llamó a su casa. Hildur, su esposa, estaba enferma. Y mientras me subía a mi auto y arrojaba mi bolso en el asiento a mi lado, recordé con un sobresalto extraño e incómodo que Jorma Nurmi e Hildur Andersen eran hermanas.

Wilfrid me recibió en la puerta principal y me hizo pasar a su casa. Nos dimos la mano agradablemente; no tenía ninguno de los prejuicios del viejo Sven Nurmi contra los holandeses. Encontré a Hildur acostada en un sofá en el salón. Me sonrió levemente cuando entré en la habitación. Después de unas pocas palabras sin importancia, Wilfrid nos dejó solos.

La aparición de Hildur fue un claro shock para mí. Los Nurmi son normalmente una familia sana; hasta la enfermedad de Jorma. Las chicas eran rubias, altas, de miembros rectos y pechos altos, y habían conocido muy pocas enfermedades. ¡Pero Hildur! La última vez que la vi pesaba un poco más de ciento veinte libras, cada gramo de su brazo era carne radiante. Y ahora parecía poco más que una bolsa de huesos. La piel estaba tan apretada sobre sus sienes que parecía casi transparente; los contornos de su cráneo y pómulos eran afilados como cuchillos.

La examiné a fondo, la interrogué con particular atención sobre su dieta. Al concluir mi examen, estaba completamente perplejo. Porque la chica era orgánicamente sana y no había rastro de enfermedad en ella. Sus ojos estaban ligeramente vidriosos.

Asumí mi actitud más jovial.

—¡Vamos, Hildur! —dije con reproche—. ¡Una niña grande como tú tirada por la casa! Deberías controlarte. Trata de olvidar lo que ha sucedido y pon sus pensamientos en cosas más agradables. Lo has pasado mal, lo sé, pero en realidad no hay nada malo contigo.

Ella me sonrió, una sonrisa de pura diversión.

—No, doctor Kurt —dijo en voz baja—. Realmente no hay nada malo conmigo. Dentro de unos días estaré muerta; pero tienes razón, estoy bien.

—¿Muerta? —dije estúpidamente.

Por un instante, el brillo pareció desaparecer de sus ojos mientras me miraba. La sonrisa divertida en sus labios se profundizó.

—Muerta —repitió en voz baja—. E indescriptiblemente feliz. Y no pasará mucho tiempo antes de que Wilfrid me siga. Jorma era mi hermana favorita —Volvió la cara hacia la pared—. La gente práctica como usted, doctor Kurt, a veces es terriblemente estúpida. Váyase y déjeme dormir y soñar.

Su voz se apagó en el silencio.

4. Para clavar una estaca.

—Y esa es la esencia de este asunto, Chris. Le he dejado medicinas a Wilfrid, y Hildur parece dispuesta a tomarlas. Pero en el fondo de mi corazón sé que no le harán ningún bien. La niña quiere morir, Chris. y Dios sabe qué la aqueja.

Había ido directamente de la casa de los Andersen a la de Chris Petersen, y ahora

estábamos sentados en la oficina-salón de la funeraria, con sus plantas de caucho, su mesa de mármol y sus sillas formales de respaldo recto.

Chris se puso las manos en las rodillas huesudas y me miró.

—Te lo advertí, Kurt —dijo con gravedad—. Algo maldito está pasando en nuestro pueblo, que comenzó con el suicidio de Karl Maercklein. No tenemos precedentes para estudiar, solo leyendas. Pero sabemos que este fenómeno debe ser detenido y tan pronto como sea posible. Obviamente, el alma de Karl Maercklein no está en reposo. Obviamente, también, el alma de Karl Maercklein debe ser liberada de los lazos que la obligan a permanecer cerca de los vivos antes de que podamos esperar poner fin a esta cadena de muerte.

Había humildad en mí ahora, mientras escuchaba al empresario de pompas fúnebres de mediana edad. Porque con el fracaso de mis conocimientos médicos había llegado el desconcierto.

—Sí —dije—, ¿pero cómo vamos a saber en qué consisten esos lazos?

Sacudió la cabeza con impaciencia.

—Solo pueden consistir en carne y sangre, de la carne y la sangre de la que su alma fue separada antes del tiempo apropiado. El suicidio de Karl Maercklein fue, en cierto modo, peculiar. Su cuerpo no fue mutilado. Las viejas leyendas hablan de estacas a través del corazón, y de las quemaduras. Debemos hacer inhabitable el cuerpo de Karl Maercklein.

—Y el de Jorma Nurmi —susurré.

—Sí. Y el de Jorma Nurmi.

Un silencio opresivo cayó entre nosotros. Mi mirada estaba fija, con una especie de sorda fascinación, en un punto gastado en una esquina de la alfombra. Hablé, entonces, con inquietud.

—Ni los Maercklein ni Sven Nurmi permitirían manipular esas tumbas. Existe la posibilidad de que nos atrapen. ¡No tengo ningún deseo de ser sentenciado a la prisión estatal como un ghoul.

Me miró por un momento. Una curiosa y obstinada opacidad se profundizaba en sus ojos azules.

—Gustav Wendt, el cuidador, vive en el pequeño albergue detrás de la capilla del cementerio. Que yo sepa, nunca en su vida ha rechazado un trago de whisky. Y dudo

que alguien desee visitar el cementerio tarde en la noche en esta época del año. Las tumbas son nuevas; podríamos restaurarlas a su aspecto actual sin dificultad.

Observé el punto desgastado de la alfombra.

—Necesitaríamos otro hombre.

—Sí. He hablado con Wilfrid Andersen. Está dispuesto a ayudar.

Esa tranquila declaración me sorprendió.

—Wilfrid no me dijo nada hoy —observé, perplejo.

Chris asintió.

—Le hablé de tu... duda. Pero él cree lo que yo creo. Me ha mantenido informado sobre el estado de Hildur. Solo hemos esperado el tiempo necesario para estar seguros.

Entonces, de repente, se puso de pie, fue a su pequeño escritorio y sacó un sobre largo y plano que aparentemente contenía varios objetos metálicos angulares.

—Ven —dijo en voz baja.

Sin comentarios, deslizó el sobre en el bolsillo del pecho.

5. Incubar una conspiración.

Cuando salimos de la casa y caminábamos hacia el jardín, no pude evitar preguntarle a Chris qué había en el sobre que acababa de guardar en su bolsillo. Su respuesta fue lacónica.

—Crucifijos.

—¡Crucifijos! —exclamé—. Pero, no somos católicos romanos, Chris, Jorma y Karl tampoco.

Puso su mano en mi brazo.

—Vamos a entrar en esto casi a ciegas, Kurt. Y es posible, como insinúas, que estos crucifijos no tengan eficacia. Pero seríamos tontos si dejáramos alguna arma sin probar. Y en cuanto a que no somos católicos romanos, el significado de la cruz se extiende mucho más allá de los confines del catolicismo. A veces me pregunto, Kurt, si los protestantes no somos imprudentes al dar tan poca importancia a los grandes

símbolos de la religión. Pero aquí estamos.

La casa se cernía ante nosotros, una mancha negra contra la noche. Chris desapareció dentro. Escuché el repiqueteo sordo del metal contra la madera, y luego reapareció, con los brazos cargados con una lona doblada, dos palas, una palanca y dos estacas cortas, cada una de unas diez pulgadas de largo y afiladas en los extremos. Aparentemente habían sido aserradas del mango de una pala de madera.

Metódicamente, entonces, distribuyó esas horribles herramientas entre nosotros, y caminamos hasta su auto, donde las pusimos en la parte trasera. Nos dirigimos a casa de Wilfrid Andersen.

Wilfrid no pareció sorprendido de verme. Agarró mi mano por un momento, con fuerza, cuando entramos en la casa, pero no dijo nada. Entramos en el salón y nos sentamos. El diván en el que Hildur se había acostado más temprano esa noche estaba desocupado.

—La llevé arriba y la acosté —dijo Wilfrid, en respuesta a nuestra pregunta no formulada.

—¿Le diste los sedantes? —pregunté.

Chris estaba de pie junto a la mesa del salón, sus manos delgadas se perfilaban nítidamente a la brillante luz de la lámpara de mesa. Había abierto el sobre y encima de la mesa había una variedad de pequeños crucifijos. Me preguntaba, ociosamente, cómo y dónde los había obtenido.

—Wilfrid —dijo entonces lentamente—, lleva estos crucifijos arriba y fíjalos en las persianas. Coloca uno en el camión de Hildur y ata otro al pomo de la puerta. Mira que las ventanas estén bien cerradas y la puerta cerrada con llave.

Con una reverencia curiosa e infantil, Wilfrid Andersen tomó los crucifijos y salió de la habitación. Esperamos de pie, en silencio, en el centro de ese salón anticuado. Desde arriba escuchamos el ruido sordo de una ventana al cerrarse, luego el crujido de las escaleras bajo los pasos descendentes de Wilfrid.

—Está profundamente dormida.

Juntos salimos de la casa. Hicimos una pausa en el paseo marítimo mientras Chris describía brevemente lo que debíamos hacer.

—Wilfrid, en el baúl de mi auto hay tres pintas de whisky. Toma ese whisky, derrama un poco en tu ropa y enjuágate la boca. El doctor Kurt te dará algo para poner en la bebida de Gustav; ten mucho cuidado de que no te detecte. Esperaremos una hora

antes de seguir, y no conduciremos hasta el cementerio; tu trabajo es simplemente mantener ocupado a Gustav. Si es posible, drógalo, pero si no puedes darle la droga, embriágalo. Cuando hayamos terminado, caminaremos hasta mi automóvil y tocaremos la bocina, muy brevemente, en intervalos de cinco minutos. ¿Lo entiendes?

Muy gravemente, entonces, Wilfrid nos miró.

—Sí, entiendo —dijo en voz baja y firme—. Haré exactamente lo que dices.

Chris apoyó su mano en el brazo del joven.

—Wilfrid, si alguien se acerca a la puerta de la capilla, evita que entre al cementerio. Solo Dios y nosotros tres debemos saber lo que sucederá esta noche.

6. Un cadáver exhumado.

Se acercaba la noche cuando Chris puso en marcha el motor y nos llevó tranquilamente por las calles del pueblo dormido. La distancia no era grande; en ese momento estábamos pasando la larga valla de hierro forjado detrás de la cual había lápidas en medio de sombríos árboles de hoja perenne podados de manera convencional. Pasamos por delante de la entrada arqueada, más allá de la pequeña capilla de piedra y la cabaña del cuidador. Dos rectángulos de luz amarilla nos miraban a través de las persianas corridas, y el sedán de Wilfrid Andersen estaba negro e inmóvil junto a la carretera, pegado a la alta verja de hierro.

Suavemente, el coche de Chris se deslizó por el estrecho camino de grava, cien, doscientos metros. Entonces, con cuidado, Chris sacó el coche de la carretera y lo metió en la maleza, apagó el motor y las luces. En la espesa penumbra, salimos del coche y buscamos a tientas los espantosos implementos que habíamos traído. Atravesamos a tientas el camino y bordeamos la cerca de hierro forjado hasta que llegamos al pilar de arenisca que marcaba su final. Aquí, retrocediendo desde la carretera, comenzaba una cerca de alambre de púas de tres hilos que delimitaba este lado del cementerio. Inclinandonos entre las hebras, nos encontramos en terreno sagrado.

Aquí la oscuridad era palpable, casi opaca, yacía como una manta sobre la hierba bien cortada y los pequeños montículos desagradablemente sugestivos con los que tropezamos. La noche era fría, pero no había olor en el aire; sabía que antes de que pasaran muchas horas caería llovizna. No nos atrevimos a usar la linterna de Chris.

No estábamos lejos de la sección holandesa del cementerio. Deslizando nuestras macabras herramientas por debajo de la cerca, saltamos la barrera que llegaba a la altura del pecho. De repente, Chris se detuvo. Sentí que buscaba a tientas los trozos de alambre y musgo que marcarían la tumba de Karl Maercklein. En ese momento

gruñó.

—Está bien, Kurt. Extiende la lona aquí. Tendremos que tener cuidado al quitar el césped; la tumba debe verse intacta. Creo que será seguro arriesgarse a la luz cuando reemplacemos el césped; será muy tarde para entonces.

Empezamos a cavar.

Era un trabajo lento y espeluznante. Solo con el sentido del tacto cortamos el césped superior y lo amontonamos con cuidado en una esquina de la lona. Luego atacamos la tierra y la arena que aún estaban sueltas. Pero aunque trabajábamos tenazmente, sin pausa, mientras el sudor nos corría por la espalda y el montón de tierra suelta sobre la lona crecía hasta la cintura, pasaron dos horas antes de que la pala de Chris rozara la bóveda de acero que encerraba el ataúd. Luego transcurrieron momentos oscuros mientras raspamos el metal liso para limpiarlo.

Un pequeño círculo de luz rubí tocó el acero. Estábamos seis pies debajo del borde de la tumba, y esa tenue luz no podía ser vista excepto por alguien en las inmediaciones. Chris había cubierto la lente de la linterna con papel de seda carmesí. Estaba de rodillas, manipulando las abrazaderas que sellaban la bóveda.

La tapa de la bóveda yacía suelta sobre el ataúd. Usando una palanca y una pala la levantamos y la colocamos junto al montículo de tierra. El ataúd gris, cubierto de tela, que aún no había sido tocado por la filtración de agua, yacía al descubierto, de un rojo pálido bajo el resplandor de la linterna.

Con habilidad profesional, aunque con manos temblorosas, Chris soltó los sellos plateados que cerraban la tapa del ataúd. Con cuidado, la inclinó hacia atrás. Estábamos arrodillados precariamente en los bordes del ataúd y la bóveda, en los extremos opuestos de la tumba. Entre nosotros, bajo nuestros ojos, yacía el cuerpo de Karl Maercklein.

El cuerpo yacía exactamente como había estado después de que Chris lo preparara para el entierro. Las manos estaban cruzadas sobre el pecho, los ojos estaban cerrados. Había un crecimiento de barba de un cuarto de pulgada en la cara, y las uñas habían crecido considerablemente. Las mejillas estaban hundidas, pero el cuello estaba hinchado y en la frente la carne se había oscurecido. La ropa que rodeaba el torso estaba muy estirada y el cadáver exudaba un olor perceptible mezclado con el inconfundible miasma de la descomposición.

Miré el cuerpo de Karl Maercklein, apenas visible en el brillo rojizo de la linterna apagada de Chris, y sentí que se me puso la piel de gallina.

—Chris —susurré—, ¡hemos cometido un terrible error! Ese cuerpo está

completamente muerto; ya ha comenzado a descomponerse. Hemos dejado que nuestros delirios nos controlen. ¡Hemos tratado de inyectar lo sobrenatural en la muerte humana normal! ¡Dios! ¡Rellenemos la tumba y dejémoslo en paz!

A través de los minutos que se arrastraron pesadamente, Chris se agazapó sobre la cabeza del ataúd, mientras el húmedo silencio de la noche enviaba escalofríos de miedo y horror recorriendo mi cuerpo. Entonces su voz me llegó en un susurro extraño y ronco.

—¡Sí, sí! Pero primero debo estar seguro...

Vi su mano derecha hurgar dentro de su abrigo, emerger agarrando un pequeño bisturí. La mano se movió hacia abajo, el bisturí cortó la carne sobre una arteria podrida. Entonces los dedos de Chris presionaron suavemente contra la carne muerta. De la pequeña incisión rezumaba un fino hilo de líquido embalsamador.

—Muerto —susurró—. Totalmente muerto. Debo haber estado loco.

7. Hildur.

Cuarenta minutos más tarde, con los músculos rígidos y doloridos, los nervios aullando por la tensión, apisonamos el último trozo de césped sobre la tumba de Karl Maercklein y reemplazamos los marcos de alambre que alguna vez habían sostenido coronas de flores y la cornucopia de flores marchitas. Muertos de cansancio, moviéndonos como autómatas, doblamos la lona y nos quedamos un largo rato en la oscuridad, escuchando atentamente. Luego, por un instante, Chris lanzó el rayo de la luz, brillante ahora que había quitado el papel rojo, a través de la tumba.

—Lloverá en algunas horas —murmuró—. ¡Gracias a Dios por eso!

Tropezando con cansancio, nos alejamos. Minutos después, que parecieron años, nos subimos al auto de Chris y regresamos por el camino de grava pasando por el albergue del cuidador. Las luces aún brillaban en las ventanas, y el auto de Wilfrid Andersen aún permanecía discretamente junto a la carretera. Condujimos cien metros y tocamos la bocina. A los pocos minutos oímos el zumbido del motor de arranque de Wilfrid y el entrecuchar de los engranajes. Seguimos conduciendo, entonces, y Wilfrid nos siguió hasta su casa.

Entramos los tres sin hablar. Wilfrid nos dejó dentro de la casa. «Hildur», dijo con voz espesa. Como en sueños escuché sus pasos subiendo las escaleras. ¡Y luego, rompiendo el silencio, vino su grito agonizante!

Por un instante, Chris y yo nos miramos fijamente. Luego nos sumergimos por las estrechas escaleras.

La puerta de la habitación de Hildur estaba abierta y de allí salía un rectángulo de luz brillante. Como enloquecidos irrumpimos en la habitación. Wilfrid Andersen estaba de pie en el centro de la alfombra, junto a la cama, su joven figura tensa, sus ojos demacrados clavados en el cuerpo laxo e inmóvil de su esposa, acurrucado allí entre las sábanas como una increíble figura de cera.

¡Dios! Cuando la visité más temprano estaba delgada, demacrada casi más allá de lo creíble, pero ahora estaba literalmente irreconocible. Era un esqueleto sobre el cual se había extendido un pergamino delgado. Su mano derecha, que colgaba lánguidamente sobre el borde de la cama, parecía casi transparente. He visto pacientes tuberculosos rondando a las puertas de la muerte, pero nunca antes ni después he visto un cuerpo tan demacrado que todavía tuviera vida. Porque ella estaba viva. Todavía tenía pulso, aunque débil como el parpadeo de una vela, y supe que solo una transfusión inmediata la salvaría.

8. Los tres crucifijos.

El amanecer se abrió paso en la habitación. Hildur estaba cansada como un perro y mis nervios estaban destrozados. Tenía la sensación de que si alguien disparaba un revólver junto a mi oreja, o si el mismísimo Satanás entraba en la habitación, no me sobresaltaría.

La habitación estaba con una quietud espantosa. Wilfrid, con el rostro pálido por la pérdida de sangre, no había dicho una palabra desde que le extraje el tubo del brazo y le vendé la incisión. Chris Petersen estaba de pie frente a la ventana, de espaldas a la habitación, contemplando el gris claro. Estaba reflexionando, lo sabía; había estado reflexionando así durante mucho tiempo.

Y luego se giró, y sus cejas se estrecharon mientras miraba alrededor de la habitación.

—Tenía razón, Kurt —murmuró lentamente—. Deberíamos haber hecho con el cuerpo de Karl Maercklein lo que dicen las viejas leyendas; debimos haber cortado los lazos que aún encadenan su alma. Me engañó el hecho de que su cuerpo estuviera en tal estado de descomposición. Era contrario a los cuentos que había escuchado. Pero ahora tenemos pruebas adicionales. Esta muerte que alcanzó a Hildur anoche no fue una dolencia que encontrarás en tus libros de medicina, Kurt. Tenemos que hacerlo todo de nuevo.

Levanté mi mano derecha y miré por un momento las ampollas desconocidas que se habían formado en la base de mis dedos, luego dejé que la mano cayera nuevamente.

—Sí, Chris —dije sin tono—. Tenemos que hacerlo todo de nuevo.

Dio un paso hacia mí. El ceño desconcertado todavía se arrugaba en su frente.

—Yo esperaba que los crucifijos... —dijo con incertidumbre. Luego miró la forma delgada y exhausta de Hildur.

Una pequeña rasgadura triangular se veía en el amarillo pálido de su camisón. Ella había arrancado el crucifijo de su pecho en la noche. Mis ojos siguieron los de Chris hasta la puerta. El crucifijo que Wilfrid había atado al pomo de la puerta todavía colgaba allí al final de su cordel. Y luego escuché la ronca exclamación de Chris cuando rápidamente se inclinó a los pies de la cama y recuperó un segundo crucifijo, atado a un andrajoso trozo de tela.

—¡Se lo tiró! —susurró—. ¡Incluso en su sueño drogado se lo arrojó! ¡Pero había un crucifijo en la ventana!

Miró por un instante sin comprender. Luego alzó la mirada y se centró en la persiana de la parte superior de la ventana. Rápidamente se acercó, agarró el cordón anillado y bajó la persiana. Todavía clavado a la sombra estaba el tercer crucifijo.

—Entiendo —murmuró—. Entiendo.

Yo también lo entendí. Hildur se había levantado de la cama y se había acercado a la ventana, quizás con el impulso infernal de arrancar el crucifijo. Pero este se había apartado de sus manos debilitadas, enrollándose en el rodillo.

Y luego Chris tiró de la cuerda, soltando la persiana. Corrió hasta la mitad y se detuvo abruptamente. El crucifijo, enrollado alrededor del rodillo, había aumentado el volumen de la pantalla para que no se enrollara más. Podía ver claramente la forma del crucifijo donde había detenido el rodillo: ¡una pequeña protuberancia angular e invertida! Entonces, en silencio, Chris reunió los crucifijos y salió de la casa. Supe que los iba a poner en las tumbas.

9. La cosa en la tumba.

El largo día había pasado, y de nuevo era cerca de la medianoche cuando, por segunda vez, nos paramos en la oscuridad junto a la tumba de Karl Maercklein y organizamos nuestras herramientas. La lluvia que habíamos estado esperando había comenzado: ráfagas ocasionales de humedad fina, como aguanieve, nos golpeaban la cara y se posaban en forma de niebla sobre nuestra ropa. Poca probabilidad, nos dijimos, de que Spooner se acercara al cementerio esta noche.

Chris sacó los dos crucifijos de la cabecera y los pies de la tumba de Karl Maercklein y los guardó con cuidado dentro de su abrigo.

A pesar de la desacostumbrada tensión de nuestros músculos, una vez que comenzamos a cavar trabajamos mucho más rápido que veinticuatro horas antes. Teníamos menos miedo a la interrupción y, además, la tierra a través de la cual ya habíamos cavado era más fácil de manejar. En menos de una hora el ataúd estaba abierto y el rostro de Karl Maercklein nos miraba fijamente, espantoso bajo el haz rojizo y opaco de la linterna con pantalla de Chris. Y era espantoso, también, por otra razón, una razón que bombeó hielo por mis venas, una razón que absorbió la fuerza de mis piernas y se arremolinó en mi cerebro con un vértigo temporal.

¡El rostro de Karl Maercklein había cambiado! Las mejillas enrojecidas ya no estaban hundidas y la hinchazón había desaparecido del cuello. Y la barba apenas se notaba. La decoloración ya no era evidente en la frente. ¡El torso era normal y las uñas estaban más cortas! Y, aunque el olor a desinfectante permanecía, golpeándonos desde el ataúd, ¡esa otra horrible miasma de descomposición había desaparecido!

Escuché la voz de Chris, jadeando, susurrando:

—Querido Dios, Kurt, es como si esta noche esos crucifijos impidieran que la vida infernal que habita en este cadáver escapara, ¡la vida infernal que estaba en otro lugar anoche! ¡Pues la cosa ha regresado y expulsado de sí misma todo rastro de descomposición! ¡Dios, Kurt, de día se pudre y de noche deambula y rejuvenece!

Por un instante, su mano tocó el bolsillo en el que descansaban los pequeños crucifijos que había recogido de la tumba antes de que empezáramos a cavar. Y supe que la cosa estaba viva. ¡Los crucifijos lo habían atado a su tumba!

Inseguro, Chris se puso de pie y hurgó en el borde de la tumba. Cuando volvió a agacharse, sostenía en la mano derecha una de las gruesas estacas de madera dura, una estaca que había afilado hasta lograr la punta de una aguja.

—Está bien, Kurt —dijo entonces—. Sostén esto sobre su corazón y sujétalo firmemente.

Me entregó la estaca.

En ese espantoso momento fui consciente de mí mismo como dos entidades: yo mismo estaba viviendo una pesadilla, y yo estaba observando mi propio sueño como quien ve una obra de teatro. Pero puse la estaca contra el pecho del cadáver. Tuve que inclinarme hacia adelante y colocar mi mano izquierda en el borde para mantener el equilibrio. El acero suave estaba frío contra mi carne.

Chris levantó la palanca. Había clavado la linterna en un rincón de la tumba; bajo sus rayos rojos parecíamos demonios de uno de los infiernos de Doré. ¡Y entonces, como un relámpago abrasador en mi cerebro, escuché las silenciosas súplicas de la cosa! ¡Y

las palabras que parecían cobrar vida dentro de mi cerebro, palabras de pensamiento que nunca pasaron por labios mortales, estaban en la voz de Karl Maercklein!

Vi temblar la palanca, vi torcer los labios de Chris momentáneamente y supe que había oído aquello. Y luego la palanca se balanceó hacia abajo describiendo un torpe arco, y la estaca se hundió hasta la mitad de su longitud en el cadáver. Sangre roja y brillante, mezclada con una cantidad de líquido embalsamador, saltó a chorros sobre mis manos desde la herida. Y de nuevo la palanca se elevó y cayó, y ahora la estaca se había hundido en el cadáver, para rozar el suelo del ataúd.

Miré la cosa, la sangre que brotaba de la gran herida. Miré su rostro y un grito brotó de mis labios, un grito que no habría reconocido como ningún sonido humano.

La decoloración se había extendido una vez más por su rostro. Una vez más, las mejillas estaban hundidas y la hinchazón había regresado al cuello. Las uñas, que brotaban de las manos ahora bañadas en sangre fresca, se habían alargado bruscamente y el torso estaba hinchado. En las mandíbulas se veía un crecimiento de barba de un cuarto de pulgada; el olor repugnante de la descomposición golpeó mis fosas nasales. Y, sin embargo, agachado a seis pies bajo la superficie, rodeado y bañado por el horror, de repente me sentí en paz. Porque como desde una distancia increíble me pareció escuchar la voz de Karl Maercklein volviendo a mí, agradeciéndome por lo que había hecho e instándome a hacer más.

10. Las voces en el cementerio.

Trabajando con cuidado bajo los inquietantes destellos de la linterna de Chris, restauramos la tumba de Karl Maercklein tan bien como pudimos para lograr una apariencia de naturalidad. Las breves ráfagas de lluvia venían con una frecuencia cada vez mayor, y nuestros corazones estaban casi ligeros mientras reemplazábamos los rectángulos de césped y los restos marchitos de coronas florales. Sin embargo, sabíamos que la parte más terrible de nuestra tarea quedaba por hacer. Debíamos hacer para Jorma Nurmi lo que ya habíamos realizado para su amado, y el tiempo era corto. El amanecer estaba a sólo dos horas de distancia.

Rápidamente reunimos nuestras herramientas llenas de tierra y nos detuvimos para una última y breve inspección de la tumba. Luego, arrastrando nuestras extremidades de plomo a través de los acres de túmulos ondulantes, nos abrimos paso desde la parte holandesa del cementerio hasta la parcela de Nurmi. Aquí, en la más absoluta oscuridad, nos detuvimos.

Podía escuchar la respiración de Chris mientras se movía, tratando de localizar la tumba de Jorma. ¡Y luego, con una brusquedad inesperada y angustiosa, maldijo en un susurro! Simultáneamente se encendió la luz, iluminando rojizamente el suelo a sus pies. ¡El cuerpo de Hildur Andersen yacía sobre la tumba llena de flores de Jorma

Nurmi!

Exclamé algo, con voz ronca. Luego avancé, caí de rodillas junto a esa forma tranquila. Mecánicamente mis manos se dedicaron a su trabajo. Vagamente me di cuenta de que no había pulso perceptible, que el cuerpo de Hildur estaba frío.

—Está muerta, Chris.

Respiró hondo. Cuando habló, sus palabras fueron sombrías.

—Lo que Karl Maercklein había hecho de Jorma la llamó, y con sus últimas fuerzas ella vino. ¿Pero por qué? ¡Ah, para sacar los crucifijos de la tumba!

Se inclinó sobre la tumba y vi que no quedaba ningún crucifijo sobre el montículo cubierto de flores. Hildur Andersen los había arrojado a la oscuridad.

Chris estaba mirando la tumba.

—Ha salido del cuerpo de Jorma —murmuró—. Pero creo que está cerca. Debe saber lo que estamos haciendo y debe tener miedo.

Se interrumpió abruptamente, casi parecía estar escuchando. Y yo también escuché, aunque no tenía la menor idea qué. Y, sin embargo, lo oí, o, más bien, lo sentí, allí en la noche que nos rodeaba, llenándola con un júbilo inmundo, inhumano y macabro. Era Jorma, una distorsión infernal de la Jorma que había conocido. Era como si una segunda individualidad, más vaga, ensombreciera la presencia invisible que era Jorma. También me pareció sentir que Hildur estaba allí, preguntando ansiosamente.

—¡Dios, Chris! —murmuré—. Puedo sentir cosas... ¡observándonos!

—Sí —dijo por fin—. Jorma está mirando. y Hildur. Puedo sentir la fuerza y la suciedad en Jorma, pero Hildur parece algo ansioso y perdido. Me pregunto si...

Escudriñé la oscuridad, como si forzando la vista pudiera vislumbrar lo intangible, lo invisible. Sentí, entonces, que había levantado suavemente el cuerpo de Hildur Andersen de la tumba de Jorma y lo había dejado con la misma suavidad. Porque el tiempo voló, esa noche, en alas de sable.

Comenzamos a cavar, apartando primero las piezas florales apenas marchitas y retirando los bloques de césped con minucioso cuidado. El suelo arenoso debajo de la delgada capa de hierba todavía estaba suelto, y ahora cavamos con una eficiencia espantosa y sin sentido; era como si nuestros músculos hubieran aprendido gradualmente, por sí mismos, cómo cavar en la oscuridad.

Tengo un recuerdo fragmentario de quitarme la chaqueta y colocarla sobre el cuerpo inmóvil de Hildur. La niebla intermitente se había convertido en una lluvia fina y fría.

Mientras trabajábamos, la extraña convicción volvió a mí, una y otra vez, que el espíritu de Jorma Nurmi de alguna manera ya no era el alma dulce y limpia que había conocido, sino un alma distorsionada, como si se viera en el reflejo de un espejo encantado que lo dejó como una gárgola. Una cosa de maldad alienígena se cernía sobre nosotros y se reía mientras cavábamos.

—Dios, Chris —recuerdo haber dicho, cuando nos acercábamos a la tapa de la bóveda—, no creo que lo que sea que esté flotando sobre nosotros, observándonos, tenga el menor miedo. ¡Parece divertirse!

Chris no respondió porque en ese momento la pala rechinó contra la tapa de acero liso de la bóveda, y hubo que abrirla y levantarla a un lado, soltar las abrazaderas y abrir el ataúd.

Una vez más contemplé el dulce rostro joven que había conocido y amado, extraño ahora bajo el brillo rojizo de la linterna de Chris, silenciosamente tranquilo y sereno en medio de los horribles atavíos de la muerte. Agradecí, en ese momento, que la tumba aún no hubiera tenido tiempo de avanzar mucho en su terrible tarea de disolución. El rostro de Jorma, excepto por una ligera hinchazón debajo de los ojos y la mandíbula, era tan hermoso como en vida. Y, sin embargo, su fino cabello rubio yacía sobre una pequeña almohada de satén. Apoyé mi cuerpo precariamente equilibrado contra una pared de seis pies de tierra fría y húmeda. Ya una fina película de lluvia cubría su rostro, su vestido blanco virginal, sus manos cruzadas.

—La estaca —dijo Chris, su voz era terriblemente tranquila, y con la misma calma mi mano derecha se estiró, agarró la sección gruesa del mango de la pala que había afilado hasta la punta de un estoque. Vi la palanca levantarse.

Cayó pesadamente, se levantó de nuevo y, bajo mi mano, la estaca se había hundido siete centímetros en el pecho aún joven. Cuando sentí que se movía hacia abajo entre mis dedos, me estremecí, porque había encontrado más resistencia que en el cuerpo putrefacto de Karl Maercklein. ¡Sin embargo, ningún chorro de sangre brotó a través del vestido desgarrado!

Una y otra vez caía la palanca, y con el tercer golpe pude sentir que la punta de la estaca se clavaba firmemente en el lecho del ataúd.

Sin embargo, alrededor de la herida no había aparecido sangre, solo un ligero rezumar de líquido de embalsamamiento. No se había producido ningún cambio fantástico en el cadáver; yacía inmóvil bajo nuestros ojos, el cuerpo de un muerto. Me limpié la frente. Chris miraba el cadáver.

—¡Extraño! —murmuró—. Ya casi amanece.

Empezó a inclinar la tapa sobre el cadáver. Y luego, desde la oscuridad, nos golpeó: la risa de la cosa diabólica, triunfal, exultante, la risa silenciosa de una entidad que no podíamos ver, sentir ni oír, pero que no dejaba de ser una risa real. Chris hizo una pausa brusca, sus palabras me llegaron a través de la tapa del ataúd: deliberadas, medidas, seguras.

—Se rió demasiado pronto, Kurt —dijo en voz baja—. Cree que el peligro ha pasado.

—No estaba en el cadáver, Kurt. Cuando Hildur tomó los crucifijos de la tumba, ella permitió que escaparan. Clavamos una estaca en algo tan muerto como un trozo de tierra. Pero... liberamos a Karl Maercklein porque la cosa estaba en él cuando atacamos. Muy bien. ¡Esperaremos hasta el amanecer!

Por un instante hubo silencio. Más que silencio, porque incluso la risa silenciosa del mal que se había deformado y enredado alrededor y en medio del alma de Jorma Nurmi había cesado de repente. Me sorprendí mirando hacia el cielo negro, preguntándome cuándo llegaría el amanecer.

—No pasará mucho tiempo —murmuró Chris sombríamente—. Tal vez una hora. Debemos esperar; es la única oportunidad que nos queda. Sabemos menos sobre este horror que los niños pequeños sobre metafísica. Sin embargo, sabemos que vagamente, las leyendas siguen la verdad.

Prosaicamente, en ese momento me sentí agradecido de que la lluvia cayera con más y más violencia, y que Nurmi yaciera detrás de una fina capa de abetos.

Salimos de la tumba abierta y nos dispusimos a esperar. La espera parecía interminable. Las presencias, la vengativa de Jorma y la vaga y desconcertada de Hildur, aparentemente se habían ido. Y, sin embargo, estaba aprensivo. Luego, de repente, sentí a Chris, acurrucado a mi lado en una esquina de la lona empapada, tenso.

—¡Shh!

Pasó un momento. Y luego escuché los sonidos húmedos, tropezando y apresurándose. Alguien corría hacia nosotros, a través de la oscuridad entre las tumbas.

—¡Dios!

Mi puño se cerró con fuerza alrededor del mango de la pala mientras me erguía. Si esa persona se acercaba, ¡si nos descubrían! Golpeé el mango de la pala entre mis manos,

con la punta de hierro hacia mí y la madera lisa extendida. Tal vez, si el hombre tropezaba sobre nosotros un fuerte golpe lo aturdiría antes de que nos reconociera.

Entonces mis manos soltaron su agarre, y la pala cayó sin ser escuchada en la tierra húmeda. Porque el hombre murmuraba, balbuceaba locamente para sí mismo, y yo había reconocido su voz. ¡Era Wilfrid Andersen!

Tropezaba en su camino hacia el cuerpo de su esposa, agachado sobre ella.

—¡Wilfrid! —el brillo rojo de la linterna apuñaló el rostro vuelto hacia arriba. ¡Él estaba acariciando su frente, sus sienes!— ¡Wilfrid! —Chris hablaba con dulzura, tratando de calmar al hombre—: Está muerta, Wilfrid.

—¿Muerta? —se volvió hacia nosotros lentamente—. ¿Muerta?

Gotas de humedad brillaban rojas en su rostro demacrado.

—¡Ella no está muerta!

Su voz estaba llena de una convicción salvaje e insana.

—¡Jorma vino a mí, allí en la cabaña de Gustav, y me dijo que estaba aquí y qué debía hacer para recuperarla!

Sus labios se curvaron hacia atrás mostrando los dientes, y sus músculos, mientras se agachaba allí, se tensaron.

—¡Llenen esa tumba, malditos ghouls! ¡Llenen esa tumba, o los mataré a ambos, aquí y ahora, con mis propias manos!

Estaba agachado como un animal acorralado sobre el cuerpo inmóvil de su esposa. Jóvenes, poderosos, enloquecidos por el dolor, frente a nosotros, dos viejos.

—¡Escuchen, malditos ghouls! ¿No pueden oírla hablándome, hablándonos a todos? ¿No pueden oír a Jorma y a Hildur?

¡Querido Dios! Como si desde lo más profundo de nuestras propias mentes escucháramos esas voces silenciosas hablándonos mediante una telepatía espantosa que los ocultistas tal vez puedan explicar, pero que yo no puedo.

—¡Doctor Kurt! ¡Doctor!

Era la voz de Jorma, juraría que era la voz de Jorma Nurmi, reconocible sin lugar a dudas y, sin embargo, horrible, horriblemente cambiada, como si una cortina de

maldad oscureciera parcialmente un alma que una vez había sido hermosa. No puedo describirlo, ningún hombre podría describir la intensidad progresiva de ese momento. Porque antes solo había habido la convicción de esas presencias, observando. Pero ahora...

No sé por qué Jorma parecía hablarme; tal vez porque siempre había sido como masilla vieja y fatua en sus manos.

—¡Doctor Kurt! ¡Doctor Kurt! Soy Jorma, ¿no me reconoces? ¿No me recuerdas? Vete y déjame en paz, y yo dejaré a Hildur.

—¿Oíste? —dijo Wilfrid Andersen. Su voz era un gruñido creciente—. ¿Oyes?

Y luego, débilmente, como si ella no entendiera del todo, me pareció escuchar una segunda voz: la voz de Hildur:

—Haz que hagan lo que dice Jorma, Wilfrid Jorma sabe lo que hace.

Y supe que el mal que había sido Jorma Nurmi se reía de júbilo al oírla. De repente Chris Petersen habló. El sonido de su voz me sobresaltó: era tan diferente de esas increíbles imágenes mentales que parecían originarse en mi propio cerebro, y tan tranquila y cuerda después de los balbuceos atormentados de Wilfrid.

—Deberías estar con Karl, Jorma —dijo lentamente, y mi carne se arrugó, viéndolo hablar como si hablara al espacio vacío—. Esta existencia nunca debería ser. Hay maldad en ti ahora, Jorma, sin culpa tuya. Deberías dejar que te liberemos.

La cosa se rió.

—Cuando viví entre vosotros amaba vuestra forma de vida. Ahora que vivo como yo no cambiaría.

De repente, entonces, sus palabras se debilitaron. Rápidamente se dirigió a Wilfrid:

—Tengo que irme, Wilfrid, no dejes que toquen mi tumba. Y a cambio te devolveré a Hildur.

Como un sueño que se desvanece, la voz se había ido. Por un momento me quedé allí bajo la lluvia, desconcertado. Y entonces, como a través de ojos que habían estado cegados por alguna extraña hipnosis, vi que la negrura de la noche se había convertido en gris. Vi las lápidas que se extendían en la niebla y la larga hilera de abetos empapados por la lluvia. En el este, el alba se cernía sobre el borde del mundo.

11. Liberación.

Un gruñido simiesco me despertó. Wilfrid Andersen se había puesto de pie sobre el cuerpo de Hildur, con los hombros ligeramente encorvados, entrelazando y abriendo lentamente sus fuertes manos. Dio un paso hacia nosotros.

—¡Llenen la tumba!

Chris negó con la cabeza. Podía ver el rastrojo canoso de la barba en sus mandíbulas empapadas de niebla.

—No.

Y luego, agitando los puños con fuerza, los ojos azules enloquecidos y la determinación implacable, Wilfrid Andersen cargó como una bestia herida. Chris, al encontrarse con esa primera embestida, cayó bajo un golpe que habría derribado a un buey. Como por instinto, caí de rodillas y busqué a tientas la pala.

Solo recuerdo vagamente que me puse de pie, balanceando el mango de la pala en un arco corto. Desconcertado, escuché el crujido de la madera contra el hueso, vi a Wilfrid caer grotescamente.

Sé que salté a la tumba, iluminada ahora por el gris que cubría la tierra; sé que por un momento me horroricé al mirar la humedad que se había acumulado en pequeños charcos en el vestido de Jorma, en su almohada de satén blanco. Recuerdo el grito ahogado que estalló de mis labios repentinamente inertes. Una niebla pareció acumularse en el fondo de la tumba y dentro del ataúd, una niebla tan evasiva y vaga que en ese primer momento no me di cuenta de su presencia. ¡Y esa niebla se derramaba, como atraída por una succión interna, en las fosas nasales del cadáver!

¡La estaca de dos pulgadas de grosor que Chris Petersen había clavado en el esternón y la columna vertebral de Jorma Nurmi se elevaba lentamente desde su pecho destrozado! Con un movimiento lento e inexorable, suave e irresistible como el émbolo de un ariete hidráulico, estaba siendo expulsado de su cuerpo inmóvil. Centímetro a centímetro estaba emergiendo de su vaina de carne. Y una salpicadura de líquido embalsamador brotaba de los labios de la herida y se extendía por el vestido de raso blanco. Las cuerdas gemelas de humo grisáceo se vertieron en las fosas nasales de Jorma Nurmi.

La estaca sobresalía casi en toda su longitud. Había comenzado a tambalearse, a oscilar. Mojada por la lluvia, reluciente por el líquido de embalsamamiento, se inclinó lentamente y cayó de la herida, rodó hasta el costado del ataúd y quedó allí.

¡Y Dios! ¡La herida había desaparecido! Debajo del agujero dentado en el vestido de raso blanco vi carne nueva: ¡la carne intacta y ligeramente rosada de una niña!

Las últimas volutas de humo se habían enroscado en las fosas nasales de Jorma Nurmi. Y luego, en ese instante final de horror acumulativo, sentí la risa triunfante de la cosa, soñolienta, completamente malvada.

Con esa risa infernal vino una liberación abrupta del éxtasis de horror. La vida que había estado suspendida en mis venas se movió de repente; casi sin querer, mi brazo barrió el ataúd y agarró la estaca sombría y resbaladiza.

Se hizo en un instante. Acurrucado sobre mis talones en el borde del ataúd como una gárgola vieja y desgarrada, con la espalda presionada contra la tierra que goteaba, levanté la pesada palanca con la mano derecha.

Osciló de manera incierta, errática, mientras con golpes cortos y débiles clavé la estaca en el cuerpo de Jorma Nurmi. Cuántas veces la barra de hierro subió y cayó ante la gruesa estaca contra la sólida madera del ataúd, nunca lo sabré; tal vez tres golpes, tal vez seis. Solo recuerdo la sangre roja y limpia que manaba de la herida y se espesaba y se extendía sobre el vestido de satén blanco, y la niebla suplicante que parecía aferrarse a mis manos, y la hinchazón que volvía rápidamente a la garganta de Jorma Nurmi. Cuando terminé, oí la voz de Jorma, ya no malvada, sino limpia y dulce de nuevo, la voz de la niña que había conocido, agradeciéndome. Sentí la abrumadora convicción, mientras esa voz se perdía en el infinito, de que había ido a ese lugar donde la esperaba Karl Maercklein.

Entonces no miré el cadáver. No me atreví. Solo trepé por las paredes de la tumba. Ahora que había terminado, mi cuerpo había comenzado a temblar.

Me pasé la mano derecha por los ojos y miré a través de la lluvia brumosa con total asombro. Porque Hildur Andersen se ponía de pie a tropezones, alta, fuerte, hermosa, rubia, con una expresión de horror aturdido e incomprensible creciendo en su rostro. Y supe que había despertado de pesadilla en pesadilla, y que si iba a salvarla para Wilfrid, debía consolarla ahora.

Se detuvo junto a la cabaña de Gustav Wendt y miró hacia atrás, por encima del mar de tumbas, al silencio y la paz que habíamos dejado atrás. Por un momento nos quedamos quietos. Entonces Wilfrid, pasándose la mano izquierda con ternura por el bulto a un lado del cráneo, con el brazo derecho sobre los hombros de Hildur, miró hacia la puerta abierta de la cabaña e hizo una mueca. Porque la puerta estaba entreabierta, y dentro aún ardía la luz. Y el olor inconfundible del whisky se extendió hacia el amanecer bañado por la lluvia.

Rápidamente, entonces, dimos la espalda a la cabaña y caminamos hacia nuestros autos que esperaban.